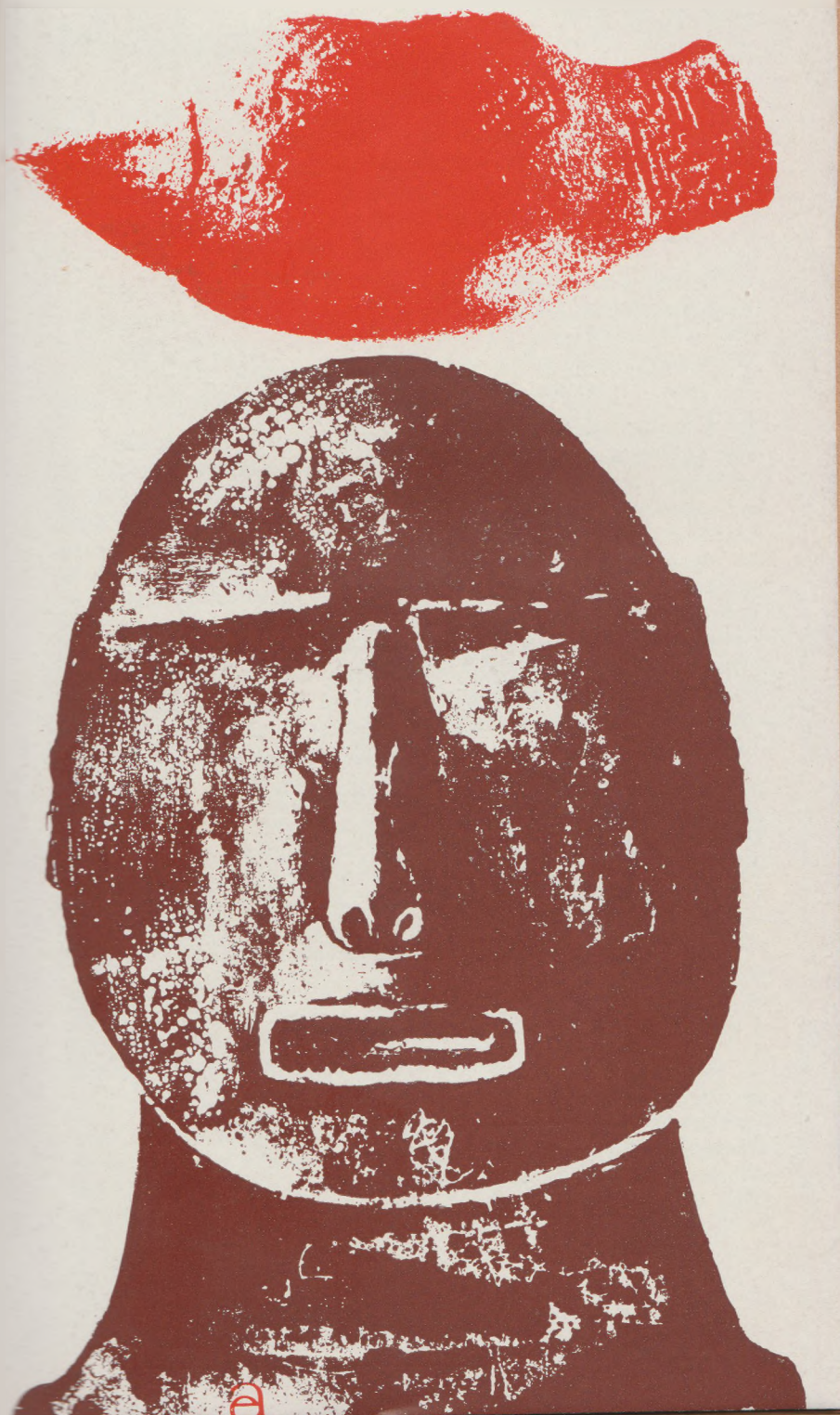
# LOS INDIOS DEL PLATA

PEDRO LOZANO
FELIX DE AZARA
DAMASO LARRAÑAGA
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN
EDUARDO ACEVEDO DIAZ



# LOS INDIOS DEL PLATA

## Introducción

*Parte principal de la impresión de mundo exótico y salvaje que asaltaba a los conquistadores por doquier ponían la planta en las nuevas tierras, fueron los habitantes indígenas, y ellos fueron los que describieron primero, ubicándolos dentro del decorado de fauna y flora desconocidas, los escritos que vorazmente leyeron los europeos.*

*Era fatal que su visión de los vencidos estuviera teñida de las concepciones culturales y religiosas en que se habían formado y de ahí muchas deformaciones de la realidad que posteriormente se han ido corrigiendo, aunque debe reconocerse que el afán misionero los llevó a apreciaciones equilibradas y a retratos veraces.*

*Esta antología recoge distintos momentos de la mirada a los primitivos habitantes americanos, referida exclusivamente a los que poblaban las riberas del Plata. Es primero un fragmento de la* Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán *que escribiera el padre Pedro Lozano en la primera mitad del siglo XVIII, o sea bajo la óptica de la conquista espiritual jesuita. Luego un fragmento de los* Viajes *de Félix de Azara, quien como demarcador de límites conoció de cerca los indígenas de estas regiones al finalizar el siglo XVIII y escribió desde la óptica del iluminismo reformista español. En tercer término un fragmento de Dámaso Larrañaga, correspondiente a la primera mitad del siglo XIX y por lo tanto un testimonio de un criollo hablando de hombres que comenzaban a ser compatriotas insólitos.*

*Hemos agregado dos grandes textos de escritores uruguayos, ambos del último tercio del siglo pasado, donde se ofrece la última y retrospectiva visión de los pueblos indígenas exterminados, mirada consagratoria, nostálgica y admirativa que ha quedado consolidada en la historia de la civilización uruguaya estableciendo el modelo heroico del pasado autóctono, el mito del origen charrúa que ya es parte del espíritu nacional presente. Son ellos: el bello "Libro Primero" del* Tabaré *de Juan Zorrilla de San Martín y uno de los relatos históricos de Eduardo Acevedo Díaz que integra su libro* Epocas militares de los países del Plata, *donde se cuenta la destrucción de las últimas tribus.*

*Textos descriptivos y textos literarios que recorren casi dos siglos y que permiten atisbar la variedad cambiante del enfrentamiento europeo y nacional a ese hombre autóctono que el uruguayo de hoy se esfuerza por llevar dentro de sí, a modo de expiación o a modo de orgullo nativo por las lejanas raíces con que se aferra a su suelo patrio.*

*A. R.*





Pedro Lozano

# Ritos, costumbres, o genios particulares de otras naciones bárbaras

Diré aquí solamente lo que fuere particular en cada nación de las otras que contiene esta provincia en su vasta extensión. La nación *charrúa* fue antiguamente muy numerosa; extendíase desde la costa del Paraná septentrional, hasta las riberas del mar del Norte; gente muy belicosa, crecida y animosa, que fue el padrastro que encontraron siempre los españoles, cuando arribaron o derrotados o por arbitrio propio, a sus costas. Hánse conservado hasta estos tiempos en su nativo valor, ostentando su osadía contra todos, sin que nadie se haya atrevido a sojuzgarlos; ni profesan otro reconocimiento a los españoles, sino una amistad muy costosa, porque so capa de ella ejecutan, más a su salvo, enormes maldades. Hoy no ocupan tanto terreno, porque se contienen dentro de los límites naturales que forman los dos grandes ríos Paraná y Uruguay, siendo en la realidad salteadores de ambas costas; por la del Paraná, en el camino real que conduce desde Santa Fé a las Corrientes; y en la del Uruguay, en las embarcaciones que arriban a su margen.

Es gente de poca fe, y de ninguna palabra, sino en cuanto mira a su propio interés; muy alevosa, que en logrando la ocasión, ejecutan sin rubor las más feas traiciones. Al tiempo de la conquista que no sabían manejar el caballo, eran tan sueltos y ligeros en la carrera, que daban alcance a los más ligeros gamos; ni les hacían ventaja a los avestruces, para cuya caza usaban las bolas de piedra, no solo para enredarlos y detenerlos, arrojándoselas atadas en una cuerda a los pies, sino para herirlos en la cabeza, en que eran tan certeros, que en poniéndoseles a competente distancia no erraban el tiro; y la misma destreza tenían en la flecha, haciendo certísima puntería a cien pasos de distancia. Hoy son menos ágiles en la carrera, pero muy diestros en el manejo de los caballos de que abunda su país. Al venir a su rancho con la caza que pudo coger, se tiende luego en la cama, y la mujer va a lavar el caballo, y es la que le apareja o desensilla, la que trae leña del bosque, y finalmente, una triste criada de su marido.

Los títulos de su mayor nobleza son haber ejecutado más muertes en sus enemigos, a quienes en matando, desollaban la piel de la cabeza y las guardaban como perpetuos blasones; y aún para que no pereciese en vida del vencedor la memoria o el número de sus proezas, usaban una crueldad inaudita, y era que se daba cada uno a sí mismo en su cuerpo tantas cuchilladas cuantas muertes había ejecutado: tanto puede aun entre bárbaros, la ambición de conse-

guir fama y renombre. Al presente andan en esto, más mirados consigo aunque se conservan igualmente crueles con sus enemigos.

Otra costumbre bárbara conservan, y es que en muriendo alguno, los parientes se cortan un artejo de cada dedo en que no ha de haber falta, por que lo sería de piedad con el difunto, y se nota por infamia; conque acaece, que los ancianos llegan a tener troncas las manos, o los pies sin uso. También cargan con los huesos de sus parientes difuntos a donde quiera que se mudan, haciéndoles el amor muy leve en esa carga hedionda. Cúbrense con mantas hombres y mujeres, y de éstas tienen cada uno cuantas quiere, aunque son tan poco celozos que los mismos maridos (si tan honrado nombre merece tal vileza) las ofrecen a los españoles para que usen de ellas a su antojo, por un vil interés.

Siendo tan inconstantes y variables, como todos los indios muestran su genio aun en sus habitaciones, que son portables, formadas de cuatro palos y unas débiles esteras que las plantan donde les coge la noche; conque teniendo tan pocas raíces en la tierra, fácilmente se trasponen a otra parte sin que se les conozca sitio determinado ni asiento fijo; sino, hoy aquí, mañana allí, siempre peregrinos y siempre en su patria, hallándose en todas partes para su útil y gozando los frutos del país según las estaciones del año; pero en tiempos de guerras, retiran sus rancherías a los bosques más cerrados y espesos, donde sea difícil penetrar, y andan muy vigilantes de día y de noche con perpetuas centinelas. La razón que dan para andar siempre vagabundos, es tan bárbara como sus ánimos, porque dicen, no pueden sufrir estar siempre debajo de un mismo cielo; que es forzoso mudarse para experimentar diferentes climas y temperamentos, porque uno mismo les es sobre manera molesto.

De lecho, le sirven sus redes o hamacas que arman de tronco a tronco, o entre dos palos: los menos acomodados, duermen en el duro suelo o en un cuero de venado. El fuego que encienden luego que arman sus casas, le sacan con el artificio de dos palos, uno blando y duro otro; ambos los rozan uno con otro a pura fuerza, hasta que con el movimiento consiguen calor, y con el calor fuego.

Con el trato de los españoles, han aprendido de los naipes, y cobrándole tal afición que se pasan a veces jugando las noches de claro en claro, porque de noche, es observancia suya, no salir cada uno en tiempo de paz, por cosa del mundo: para fomentar este vicio del juego la mayor molestia que dan a los pasajeros en sus asaltos es para que les den barajas; con los que quieren librar mejor con ellos llevan algunas de respeto para regalarlos.

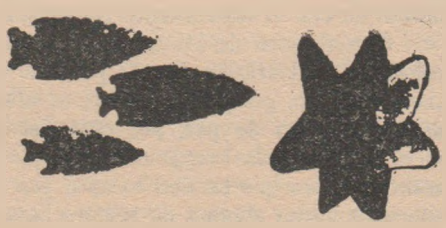
Arman guerra con los comarcanos, por causas muy ligeras, y su modo de pelear es levantando al embestir, un horrendo y bárbaro grito que espante a sus enemigos. Estos suelen ser más ordinariamente otra nación llamada de los *yaros*, tan bárbara como la charrúa; y por muchos años, fueron enemigos jurados de los guaraníes de nuestras reduciones quienes padecieron de ellos asaltos continuos, en los pueblos del Yapeyú y la Cruz que son las fronteras; pero obtenida licencia del Exmo. señor virrey de estos reinos, para vengar en guerra descubierta los agravios recibidos, gobernados nuestros guaraníes por cabos españoles, tuvieron reducidos a tal extremo al ejército de los charrúas; que los hubieran pasado a todos a cuchillo, a no haberlo estorbado por fines particulares, los que más debieran promover el exterminio de esa gente perversa.

Cuando están de paz, como al presente, concurren a los dichos dos pueblos a comprar algunos frutos que apetecen, como es el tabaco en hoja y la célebre yerba del Paraguay, a trueque de caballos; pero aunque ven la cristiandad y racionalidad con que se vive en dichos pueblos, rarísimo se convierte, por más que sin perder la ocasión, les prediquen siempre los Jesuitas sobre el negocio de

su alma; antes suelen ser de tropiezo a algunos flacos que arrastrados del deseo de libertad, se huyen a tierras de los charrúas, que es la Ginebra de estas provincias, donde se refugian no solo indios, sino mestizos, negros y aun, lo que causa horror, algunos españoles que quieren vivir sin freno o tienen que temer de la rectitud de los jueces por sus enormes delitos, que allí continúan y agravan, viviendo peores que gentiles.

En todas estas costumbres, son semejantes a los charrúas los *yaros* mencionados, los *martidanes*, y los *guenoas*. Estos viven entre el rio Uruguay y el mar del Norte, en tierras poco sanas; comercian con los portugueses de la Colonia del Sacramento, de quienes reciben alfanges y lanzas para sus guerras, por el interés de ser ayudados de ellos, para hacer corambre en las vaquerías de los castellanos. Tienen entre ellos, algún séquito los hechiceros; pero no tanto que prevalezca a los caciques, quienes, según su antojo, contradicen a los magos, por más que se quieran hacer formidables con amenaza de tempestades, secas y semejantes castigos con que aterran al vulgo; pero son despreciados de los caciques, porque conocen su ningún poder y sobrados embustes.

Dichos guenoas son enemigos de los yaros muy de ordinario, y padecen de ellos frecuentes asaltos, atreviéndose a pasar éstos el caudaloso Uruguay a nado para cautivar a aquéllos; pero aunque los guenoas son finos ateistas como los charrúas, no son tan pertinaces en su ceguedad, y se reducen más fácilmente a abrazar el cristianismo, especialmente cuando están de paz, que en tiempo de guerra, no les deja el odio de sus enemigos atender otro negocio que a la venganza de sus pasiones. Para convocarse unos a otros en tiempo de guerra, se valen de humos, o del resplandor de grandes hogueras que enciende cada cacique en su territorio; con que si distan mucho unos de otros, avisan con estos correos, en cuya inteligencia están muy diestros, que hay muchos o pocos enemigos; y cuando es necesario unirse toda la nación a la defensa.



Félix de Azara

# De los indios salvajes

Aunque el hombre sea un ser incomprensible, y sobre todo el hombre salvaje, que no escribe, que habla poco, que se expresa en una lengua desconocida, a la que faltan una multitud de palabras y expresiones, y que no hace más que lo que le imponen las pocas necesidades que experimenta, no obstante, como ésta es la parte principal y la más interesante en la descripción de un país, daré aquí algunas observaciones que he hecho sobre un gran número de naciones indias, libres o salvajes, y que no están ni han estado nunca sujetas al imperio español ni a ningún otro. No me he de extender mucho, para evitar el aburrimiento y para no parecerme a los que, por haber visto una media docena de indios en la costa, dan una descripción acaso más completa que la que podrían hacer de sí mismos. Añadamos a esto que no gusto de conjeturas, sino de hechos, y que no tengo tanta instrucción y talento como otros.

He vivido durante largo tiempo entre algunas de estas naciones salvajes, menos tiempo con otras. Diré también alguna cosa de las que no he visto, a fin de que se sepa con certeza las que han existido y las que existen aún en el país que describo, y para que los viajeros, los geógrafos y los historiadores no los multipliquen tan enormemente como han hecho hasta ahora. Los conquistadores y los misioneros nunca pensaron en hacer una verdadera descripción de las diferentes naciones indias, sino sólo en realzar sus proezas y exagerar sus trabajos. Desde este punto de vista han aumentado al infinito el número de indios y de naciones, y los han hecho antropófagos. Se equivocaban por completo, porque hoy ninguna de estas naciones come carne humana, y no recuerdan haberla comido, siendo, como son, tan libres ahora como a la primera llegada de los españoles.

Se ha escrito también que se servían de flechas envenenadas, lo que es otra positiva falsedad. Los eclesiásticos han añadido otra diciendo que estos pueblos tenían una religión. Persuadidos de que es imposible vivir sin tener una, buena o mala, y viendo algunas figuras dibujadas o grabadas en las pipas, los arcos, los bastones y los cacharros de los indios, se figuraron al instante que eran sus ídolos, y los quemaron. Estos pueblos emplean aún hoy las mismas figuras, pero no lo hacen más que por diversión, porque no tienen religión alguna.

Antes de hacer la descripción de cada nación en particular debo advertir también que llamaré nación a toda reunión de indios que se consideren ellos mismos como formando una sola y misma nación y que tienen el mismo espíritu, las mismas formas, las mismas costumbres y la misma lengua. Poco importará que se componga de pocos o muchos individuos, porque este no es carácter nacional. Advierto aún que cuando marque los lugares habitados por estas naciones no se debe creer que sean estables, sino sólo que el paraje designado es como el centro del país que habitan. Porque todas son errantes, unas más y otras menos, en la extensión de un cierto distrito; pero es muy raro que pasen al territorio frecuentado por otra nación. Por el contrario, están casi siempre separadas por un desierto, a veces considerable.

Prevengo, por fin, que cuando diga que la lengua de una nación es diferente de la otra debe entenderse que esta diferencia es al menos tan grande como entre el inglés o el alemán y el español, de manera que no hay una sola palabra en que se parezca la una a la otra, en lo que yo he podido asegurarme. Los indios hablan ordinariamente mucho más bajo que nosotros; no llaman la atención con sus miradas; para pronunciar mueven poco los labios y hablan mucho de garganta y de nariz. Es lo más frecuente que sea imposible expresar con nuestras letras sus palabras y sus sonidos. Resulta, pues, muy difícil aprender semejantes lenguas y aún saber una sola de modo que se pueda hablar. Al menos, yo no he encontrado más que un solo español que hablase el idioma mbayá, porque había pasado veinte años entre ellos, y D. Francisco Amancio González, que habiendo tenido en su casa (como tiene aún) algunos indios del Chaco, entendía un poco sus lenguas. Ambos convienen (y en ello no hay duda) en que estas lenguas son muy pobres y carecen de relación las unas con las otras. Sería, pues, muy embarazoso el pretender hacer investigaciones sobre su origen y sus relaciones.

CHARRUAS. — Es una nación de indios que tiene una lengua particular, diferente de todas las demás y tan gutural que nuestro alfabeto no podría dar el sonido de las sílabas. En la época de las conquistas era errante y habitaba la costa septentrional del río de la Plata desde Maldonado hasta el río Uruguay, extendiéndose

He vivido durante largo tiempo entre algunas de estas naciones salvajes, menos tiempo con otras. Diré también alguna cosa de las que no he visto, a fin de que se sepa con certeza las que han existido y las que existen aún en el país que describo, y para que los viajeros, los geógrafos y los historiadores no los multipliquen tan enormemente como han hecho hasta ahora. Los conquistadores y los misioneros nunca pensaron en hacer una verdadera descripción de las diferentes naciones indias, sino sólo en realzar sus proezas y exagerar sus trabajos. Desde este punto de vista han aumentado al infinito el número de indios y de naciones, y los han hecho antropófagos. Se equivocaban por completo, porque hoy ninguna de estas naciones come carne humana, y no recuerdan haberla comido, siendo, como son, tan libres ahora como a la primera llegada de los españoles.

Se ha escrito también que se servían de flechas envenenadas, lo que es otra positiva falsedad. Los eclesiásticos han añadido otra diciendo que estos pueblos tenían una religión. Persuadidos de que es imposible vivir sin tener una, buena o mala, y viendo algunas figuras dibujadas o grabadas en las pipas, los arcos, los bastones y los cacharros de los indios, se figuraron al instante que eran sus ídolos, y los quemaron. Estos pueblos emplean aún hoy las mismas figuras, pero no lo hacen más que por diversión, porque no tienen religión alguna.

Antes de hacer la descripción de cada nación en particular debo advertir también que llamaré nación a toda reunión de indios que se consideren ellos mismos como formando una sola y misma nación y que tienen el mismo espíritu, las mismas formas, las mismas costumbres y la misma lengua. Poco importará que se componga de pocos o muchos individuos, porque este no es carácter nacional. Advierto aún que cuando marque los lugares habitados por estas naciones no se debe creer que sean estables, sino sólo que el paraje designado es como el centro del país que habitan. Porque todas son errantes, unas más y otras menos, en la extensión de un cierto distrito; pero es muy raro que pasen al territorio frecuentado por otra nación. Por el contrario, están casi siempre separadas por un desierto, a veces considerable.

Prevengo, por fin, que cuando diga que la lengua de una nación es diferente de la otra debe entenderse que esta diferencia es al menos tan grande como entre el inglés o el alemán y el español, de manera que no hay una sola palabra en que se parezca la una a la otra, en lo que yo he podido asegurarme. Los indios hablan ordinariamente mucho más bajo que nosotros; no llaman la atención con sus miradas; para pronunciar mueven poco los labios y hablan mucho de garganta y de nariz. Es lo más frecuente que sea imposible expresar con nuestras letras sus palabras y sus sonidos. Resulta, pues, muy difícil aprender semejantes lenguas y aún saber una sola de modo que se pueda hablar. Al menos, yo no he encontrado más que un solo español que hablase el idioma mbayá, porque había pasado veinte años entre ellos, y D. Francisco Amancio González, que habiendo tenido en su casa (como tiene aún) algunos indios del Chaco, entendía un poco sus lenguas. Ambos convienen (y en ello no hay duda) en que estas lenguas son muy pobres y carecen de relación las unas con las otras. Sería, pues, muy embarazoso el pretender hacer investigaciones sobre su origen y sus relaciones.

CHARRUAS. — Es una nación de indios que tiene una lengua particular, diferente de todas las demás y tan gutural que nuestro alfabeto no podría dar el sonido de las sílabas. En la época de las conquistas era errante y habitaba la costa septentrional del río de la Plata desde Maldonado hasta el río Uruguay, extendiéndose

a lo más a treinta leguas hacia el Norte, paralelamente a esta costa. Sus fronteras del lado del Oeste tocaban en parte a las de la nación *yaro,* que habitaba hacia la desembocadura del río de San Salvador, y hacia el Norte estaba separada por un gran desierto de algunos poblados de indios guaraníes.

Los charrúas mataron a Juan Díaz de Solís, que fue el primer descubridor del río de la Plata. Su muerte inicia la época de una sangrienta guerra, que dura aún hoy, y que ha hecho derramar mucha sangre. Desde luego los españoles trataron de fijarse en el país de los charrúas y levantaron algunos edificios en la Colonia del Sacramento, un pequeño fuerte y luego una ciudad en la embocadura del río de San Juan y otra en la confluencia del río San Salvador y del Uruguay. Pero los charrúas lo destruyeron todo y no dejaron a nadie establecerse en su territorio, hasta que los españoles, que fundaron en 1724 la ciudad de Montevideo, fueron rechazando insensiblemente estos salvajes hacia el Norte, alejándolos de la costa, operación que ha costado un gran número de combates sangrientos.

Por ese tiempo los charrúas habían atacado y exterminado las naciones indias llamadas *yaros* y *bohanes:* pero se alinearon y contrajeron una íntima amistad con los *minuanes* para sostenerse mutuamente contra los españoles. Estos, cuyo número aumentó de modo considerable en Montevideo, ganaron continuamente terreno hacia el Norte a fuerza de batallas y empezaron a establecer puestos para sus ganados. En fin, los españoles consiguieron su objeto de forzar a una parte de los charrúas y de los minuanes a incorporarse a las partes más meridionales de las misiones de los Jesuitas sobre el Uruguay; otros han sido forzados a venir a habitar a Buenos Aires, y se ha reducido a algunos a vivir tranquilos y sometidos en Cayastá, cerca de la ciudad de Santafé de la Vera Cruz. Pero queda aún una parte de esta nación que, aunque errante habita ordinariamente al este del río Uruguay, hacia los 31° o 32° de latitud. Esta continúa la guerra a sangre y fuego, con la mayor obstinación, sin consentir que se hable de paz, y ataca también a los portugueses. Cuando yo viajaba por este país, para reconocerlo, estos indios atacaron con frecuencia a mis exploradores, que eran en número de cincuenta o ciento y mataron a varios.

Su talla media me parece pasar de una pulgada sobre la de los españoles, pero es más igual. Son ágiles, derechos y bien proporcionados, y no se encuentra uno solo que sea demasiado grueso, demasiado delgado o contrahecho. Tienen la cabeza levantada, la frente y la fisonomía abiertas, signo de su orgullo y aún de su ferocidad. Su color se aproxima más al negro que al blanco, casi sin mezcla alguna de rojo. Los trazos de su cara son muy regulares, aunque su nariz me parece un poco más estrecha y hundida entre los ojos. Estos ojos son un poco pequeños, brillantes, siempre negros, nunca azules, y jamás enteramente abiertos; pero tienen sin duda la vista doble más larga y mejor que los europeos. Tienen también el oído muy superior al nuestro. Sus dientes están bien colocados, son muy blancos y hasta la edad más avanzada, y jamás se les caen naturalmente. Sus cejas son escasas; no tienen barba y escaso pelo en las axilas y en el pubis. Tienen los cabellos espesos, muy largos gruesos, brillantes, negros y nunca rubios. Nunca se les caen, ni se llegan a poner que medio grises hacia la edad de ochenta años. Sus manos y sus pies son más pequeños y mejor formados que en Europa, y la garganta de sus mujeres me parece ser menor que la de otras naciones indias.

Nunca se cortan los cabellos. Las mujeres los llevan colgando; pero los hombres se los amarran y los adultos se ponen sobre el nudo que los reúne plumas blancas colocadas verticalmente. Si pueden procurarse algún peine, lo usan, pero ordinariamente se peinan con

los dedos. Tienen muchos piojos, que las mujeres buscan con gusto para procurarse la satisfacción de tenerlos durante algún tiempo en la punta de la lengua, que sacan al efecto, y para crugirlos con los dientes y comerlos en seguida. Esta costumbre asquerosa existe generalmente entre todas las indias y entre las mulatas y las pobres del Paraguay. Otro tanto hacen con las pulgas. Las mujeres no tienen alhajas ni otros adornos parecidos y los hombres no se pintan el cuerpo. Pero el día de la primera menstruación de las muchachas se les pintan en la cara tres rayas azules que caen verticalmente sobre la frente, desde el nacimiento del pelo hasta el extremo de la nariz, siguiendo la línea media, y se les trazan otras dos que cruzan las mejillas. Se señalan estas rayas picando la piel, y por consecuencia son indelebles; son signo característico del sexo femenino. La menstruación de estas mujeres, así como la de todas las indias, es menos considerable que la de las españolas. El sexo masculino se distingue por el *barbote*. Voy a explicar lo que es. Pocos días después del nacimiento de un muchacho su madre le perfora de parte a parte el labio inferior, en la raíz de los dientes, e introduce en el agujero el barbote. Es éste un pequeño pedazo de madera de cuatro a cinco pulgadas de largo y de dos líneas de diámetro. No se lo quitan en toda su vida, ni aún para dormir, a menos que se trate de reemplazarlo por otro, cuando se rompe. Para impedirle caerse, se hace dos piezas, una ancha y plana en uno de sus extremos, a fin de que no pueda entrar en el agujero, donde se coloca de modo que la parte ancha se encuentra en la raíz de los dientes; el otro extremo de la pieza sale apenas del labio, y está perforado para sujetar el otro pedazo de madera que es más largo y que se hace entrar a la fuerza.

Ignoro cuales eran sus antiguas habitaciones cuando no tenían pieles de vacas ni de caballos. Las que tienen hoy no les cuesta mucho trabajo construirlas. Cortan de cualquier árbol tres o cuatro ramas verdes y las encorvan hasta clavar los dos extremos en tierra. Sobre los tres o cuatro arcos formados por estas ramas, y un poco alejados los unos de los otros extienden una piel de vaca, y he aquí una casa suficiente para el marido, la mujer y algunos niños. Si es muy pequeña se construye otra a un lado, y cada familia hace otro tanto. Se comprende bien que no puedan entrar más que como los conejos en su agujero. Se acuestan sobre una piel y duermen siempre sobre la espalda, como todos los indios salvajes. Es inútil advertir que no tienen sillas, bancos ni mesas y que sus muebles se reducen a casi nada.

No sé nada tampoco de su antiguo traje. Hoy los hombres no llevan ni gorro ni sombrero y van enteramente desnudos; pero si pueden procurarse algún poncho o sombrero, lo usan cuando hace frío. Por esta misma razón algunos de ellos se hacen con pieles suaves, y aun con la de jaguareté, una camiseta muy estrecha, sin cuello ni mangas, que les cubre apenas las partes, y esto no siempre. El poncho es un pedazo de tela de lana, muy basta, de siete palmos de ancho y doce de largo, con una hendidura en medio para pasar la cabeza. Las mujeres se cubren con un poncho o llevan una camisa de algodón, sin mangas, cuando sus padres o sus maridos han podido procurarse o robar una. Pero no lavan nunca sus vestidos, ni sus manos, ni su cara, ni su cuerpo, como no sea a veces en los grandes calores, cuando se bañan. De manera que no se puede encontrar nada más sucio, ni por consecuencia, oler nada más apestoso. Tampoco barren jamás sus habitaciones, no cosen ni hilan, acaso porque en su país ni hay algodón ni se crían carneros.

Yo creo que nunca han cultivado la tierra, al menos no lo hacen hoy, y se alimentan únicamente de la carne de vacas salvajes, que abundan en su distrito. Las mujeres guisan, pero todos sus

guisos se reducen al asado sin sal. Atraviesan la carne con un palo aguzado, y clavan la punta en la tierra; encienden fuego al lado y le dan vuelta a aquella una sola vez para hacerla asar por igual. Ponen a la vez varios palos con carne, y cuando uno está despojado ya de ella se le sustituye por otro. A cualquier hora que sea, el que tiene hambre coge uno de estos palos, lo coloca ante sí, y sentado sobre los talones come lo que le parece, sin prevenir a nadie ni decir una palabra, hasta cuando marido, mujer e hijos comen del mismo pedazo, y no beben más que después de haber concluido de comer.

No conocen ni juegos, ni bailes, ni canciones, ni instrumentos de música, ni sociedades o conversaciones ociosas. Su aire es tan grave que no se pueden conocer en ellos las pasiones. Su risa se reduce a entreabrir ligeramente las comisuras de los labios, sin lanzar jamás una carcajada. Nunca levantan la voz y hablan siempre muy bajo, sin gritar, ni aún para quejarse cuando se los mata. Esto llega hasta el punto que si tienen que tratar algo con alguno que vaya diez pasos por delante no lo llaman, y prefieren andar hasta alcanzarlo. No adoran a ninguna divinidad ni tienen ninguna religión: se encuentran, por consecuencia, en un estado más atrasado que el del primer hombre descrito por algunos sabios, pues que le dan una religión. No se observa entre ellos ni acción ni palabra que tenga la menor relación con las atenciones de respeto y cortesía. No tienen, igualmente, ni leyes, ni costumbres obligatorias, ni recompensas, ni castigos, ni jefes que mandarlos. Tenían otras veces caciques, que en realidad no ejercían ninguna autoridad sobre ellos y que desempeñaban allí el mismo papel que en las otras naciones de que hablaremos. Todos son iguales; ninguno está al servicio del otro, a no ser alguna mujer vieja que, por carecer de recursos, se reúne a una familia o que se encarga de amortajar y enterrar a los muertos.

Los jefes de familia se reúnen a la entrada de la noche para convenir entre ellos cuales deben pasarla de centinela y los puestos que deben ocupar; son tan astutos y previsores, que no olvidan nunca esta precaución. Si alguien ha formado algún proyecto de ataque o defensa, lo comunica a esta asamblea, que lo ejecuta si lo aprueba. Se colocan todos en círculo, sentados sobre los talones. Pero a pesar de esta aprobación, ninguno está obligado a concurrir a la ejecución, ni aún ni el mismo que ha propuesto el asunto, y no hay ninguna pena que imponer a los que faltan. Son las partes mismas las que arreglan sus diferencias particulares; si no están de acuerdo se pelean a puñetazos hasta que uno vuelve la espalda y abandona al otro, sin que se vuelva a hablar del asunto. En estos duelos jamás hacen uso de armas, y nunca he oído decir que hubiera ningún muerto. No obstante, con frecuencia se derrama sangre porque se aplastan las narices, y aún a veces se parten algún diente.

Tienen caballos y yeguadas. La mayoría poseen bridas guarnecidas de hierro, que los portugueses, cuando están en paz con ellos, les dan en cambio de los caballos que reciben. Los hombres montan generalmente en pelo, y las mujeres en una especie de gualdrapa muy sencilla. Si alguno de ellos pierde sus caballos en la guerra, no deben esperar que sus compañeros le presten otros. Si sólo queda uno, monta el marido, mientras que su mujer y su familia lo siguen a pie cargados con el resto del equipaje. La mayoría no tienen por toda arma más que una lanza de once pies, armada de un hierro muy largo, que les facilitan los portugueses, y los que no las tienen se sirven de flechas muy cortas que llevan en un carcaj suspendido del hombro.

Cuando han resuelto hacer una expedición militar ocultan sus familias en un bosque y envían a la descubierta, cuando menos seis leguas por delante, exploradores bien montados. Estos avanzan con las mayores precauciones, tendidos todo a lo largo sobre los caballos.

Van lentamente y se detienen de tiempo en tiempo para dejarlos pacer. A causa de esto no les ponen bridas, y se contentan con amarrarles a la mandíbula inferior una pequeña correa, a la cual unen otras dos que les sirven de riendas. Añadid a estas precauciones la ventaja de ver antes de ser vistos en estas inmensas llanuras, porque su vista es muy superior a la nuestra. Cuando están muy cerca, es decir, a distancia de una o dos leguas, se detienen. A la puesta del Sol traban sus caballos y se aproximan a pie, encorvándose y ocultándose en las hierbas, hasta haber reconocido bien la situación del campo enemigo o de la casa que quieren atacar, así como de sus puestos avanzados, de sus centinelas y de su caballería. Aun cuando no tengan intención de atacar, sus exploradores siguen siempre a las tropas españolas que atraviesan el país; de modo que aunque no se vea un solo indio, el comandante debe suponer que se siguen todos sus pasos y que será infaliblemente atacado si no toma todas las precauciones necesarias. Por tanto, debe constantemente estar acampado durante el día y no emprender las marchas más que por la noche.

Los exploradores, después de tomar los datos necesarios, parten a galope para avisar a los suyos; pero si han sido vistos, huyen en la dirección contraria a la de su tropa y no hay que pensar siquiera en alcanzarlos, porque sus caballos son mucho más ligeros que los nuestros. Cuando, por el contrario esperan tener ventaja, después de recibir las noticias se distribuyen en los puntos escogidos para el ataque y marchan lentamente. Tan pronto como están cerca profieren grandes gritos, se dan sobre la boca golpes redoblados, se precipitan contra el enemigo como el rayo y matan a todo el que encuentran, no conservando más que las mujeres y los niños menores de doce años. Estos prisioneros los llevan consigo y los dejan en libertad entre ellos. La mayoría se casan y se acostumbran a su género de vida, siendo raro que quieran dejarlo para volver entre sus compatriotas. Estas expediciones las hacen siempre antes del amanecer, pero atacan también en pleno día si notan que el jefe enemigo tiene miedo o que hay desorden en su tropa. Además saben amagar falsos ataques, hacer fugas simuladas y preparar emboscadas; siendo cosa segura que ninguno de los que salen huyendo se les escapa, a causa de la superioridad de sus caballos y de la destreza con que los manejan. Felizmente, se contentan con una sola victoria, como el jaguareté, y no se les ocurre aprovecharse de sus ventajas; sin esto acaso los españoles no hubieran podido extender su población por las llanuras de Montevideo. Cada uno se aprovecha del botín que hace personalmente, porque no efectúan reparto.

Cuando se piensa que los charrúas han dado más que trabajar a los españoles y les han hecho derramar más sangre que los ejércitos de los Incas y Monctezuma, se creerá sin duda que estos salvajes formen una nación muy numerosa. Debe saberse, sin embargo, que los que existen actualmente y que nos hacen tan cruel guerra, no forman hoy seguramente, más que un cuerpo de unos cuatrocientos guerreros. Para someterlos se han enviado con frecuencia contra ellos más de mil veteranos, ya en masa, ya en diferentes cuerpos, para envolverlos, y se les han dado golpes terribles; pero, en fin, el caso es que ellos subsisten y nos han matado mucha gente. Se ha observado que cuando atacan conviene echar pie a tierra y esperarlos formados en fila contentándose con hacer algunos disparos unos después que otros; esta es la única manera de hacer que las armas de fuego les infundan respeto. Entonces se van, luego de haber caracoleado con sus caballos y sin acercarse mucho. Si se les hace una descarga general todo está perdido.

Jamás permanecen en el celibato, y se casan en cuanto sienten necesidad de esta unión. Nunca he visto ni oído que se casen entre

hermanos. Les he preguntado la razón, y no me la han sabido dar; pero como no tienen ninguna ley que lo prohiba, se debe presumir que si tales alianzas no se verifican es porque cuando la hermana es mayor no espera que su hermano llegue a la edad necesaria, y se casa con el primero que se presenta, en el caso contrario el hermano hace otro tanto. Como son naturalmente taciturnos y serios y no conocen ni el lujo, ni diferencias jerárquicas, ni adornos, ni juegos, etc., cosas que son el principal fundamento de la galantería, el casamiento, este asunto tan grave que se impone de un modo tan intenso por la Naturaleza se concierta entre estos salvajes con tanta sangre fría como nosotros cuando se trata de un espectáculo cualquiera. Todo se reduce a pedir la hija a los padres y llevársela, y si estos lo permiten. La mujer no se niega nunca y se casa con el primero que llega, aunque sea viejo y feo.

Desde que el hombre se casa forma una familia aparte y trabaja para alimentarla, porque hasta entonces ha vivido a expensas de sus padres, sin hacer nada, sin ir a la guerra y sin asistir a las asambleas. La poligamia es permitida, pero una sola mujer nunca tiene dos maridos; y aun más: cuando un hombre tiene muchas mujeres, éstas lo abandonan en cuanto encuentran otro del que puedan ser únicas esposas. El divorcio es igualmente libre para los dos sexos; pero es raro que se separen cuando tienen hijos. El adulterio no tiene otra consecuencia que algunos puñetazos que la parte ofendida administra a los dos cómplices, y ésto solamente si los coge infraganti. No enseñan ni prohiben nada a sus hijos, y éstos no tienen respeto alguno a sus padres; siguiendo en esto su principio universal de hacer cada uno lo que le parece, sin estar limitado por ningún miramiento ni ninguna autoridad. Si los niños quedan huérfanos se encarga de ellos algún pariente.

Los jefes de familia, pero no sus mujeres ni sus hijos, se emborrachan lo más frecuentemente que pueden con aguardiente, y a falta de este licor, con chicha, que preparan diluyendo en agua miel salvaje y dejándola que fermente. Yo no he advertido que estuvieran sujetos al mal venéreo ni a ninguna otra enfermedad particular, y su vida me parece más larga que la nuestra. Pero no obstante como a veces se ponen malos, tienen sus médicos. Estos no conocen más que un remedio universal para todos los males, que se reduce a chupar con mucha fuerza el estómago del paciente para extraer el mal; tal cosa han sabido hacer creer estos médicos para procurarse gratificaciones.

Tan pronto como muere un indio transportan el cadáver a un sitio determinado, que es hoy una pequeña montaña, y lo entierran con sus armas, sus trajes y todas sus alhajas y objetos. Algunos disponen que se mate sobre su tumba el caballo que más querían, cosa que se ejecuta por algún amigo o pariente. La familia y los parientes lloran mucho al muerto y su duelo es muy singular y muy cruel. Cuando el muerto es un padre, un marido o un hermano adulto, las hijas y las hermanas ya mujeres se cortan el pelo, así como la esposa, una de las articulaciones de los dedos por cada muerto, empezando esta operación por el dedo meñique. Además se clavan varias veces el cuchillo o la lanza del difunto, de parte a parte, en los brazos, el seno y los costados, de la cintura para arriba. Yo le he visto. Añadid a ésto que pasan dos lunas metidas en sus chozas, donde no hacen más que llorar y sólo toman poquitísimo alimento. Yo no he visto una sola mujer adulta que tuviese los dedos completos y que no llevara cicatrices de heridas de lanza.

El marido no hace duelo por la muerte de su mujer ni el padre por la de sus hijos; pero cuando éstos son adultos, a la muerte de su padre se ocultan dos días, completamente desnudos, en su choza, sin tomar casi alimento, y éste solamente puede consistir en carne

o huevo de perdiz. Después, por la noche, se dirigen a otro indio para que les haga la siguiente operación: coge al paciente un gran pellizco en la carne del brazo y la atraviesa por distintas partes con pedazos de caña de un palmo de largo, de manera que los extremos salen por los dos lados. El primer pedazo se clava en el puño, y los otros, sucesivamente, de pulgada en pulgada, sobre toda la parte exterior del brazo, hasta el hombro y aún sobre él. No se crea que estos pedazos de caña son del grueso de un alfiler, sino que son astillas cortantes de dos a cuatro líneas de ancho y cuyo grueso es igual por todas partes. Con este triste y espantoso aparato sale el salvaje que está de duelo, y se va solo y desnudo a un bosque o a cualquier altura, sin temer al jaguareté ni a los otros animales feroces porque están persuadidos de que huirán viéndolos ataviados de tal modo. Lleva en la mano un palo armado de una punta de hierro, y se sirve de él para cavar, con ayuda de sus manos un hoyo donde se mete hasta el pecho y donde pasa la noche en pie. Por la mañana sale para ir a una cabaña, semejante a las ya descritas y que está siempre preparada para los que están de duelo. Allí se acuesta para descansar y pasa dos días sin comer ni beber. Por la mañana y los días siguientes los niños de la tribu le llevan agua y algunas perdices, o sus huevos, en muy pequeña cantidad, los dejan a su alcance y se retiran corriendo, sin decir una palabra. Esto dura diez o doce días, al cabo de los cuales el doliente va a buscar a los otros. Nadie está obligado a estas bárbaras ceremonias; pero, no obstante, es muy raro que dejen de realizarse, porque el que no se conforma exactamente a ellas es considerado como débil; este concepto es su único castigo; y aún no le daña en la sociedad a que pertenece.

Los que creen que el hombre no obra nunca sin motivo y que pretenden descubrir la causa de todo podrán ejercer su curiosidad en buscar el origen de un duelo tan extravagante entre esta nación de indios.

YAROS. — Estos indios habitaban en tiempo de la conquista la costa oriental del río Uruguay, entre el río Negro y el de San Salvador. Del lado del Este tenían por vecinos a los charrúas y por el Norte los bohanes y los chanás. Las noticias que he podido recoger respecto a ellos se reducen a que su lengua era muy diferente de todas las otras; el número de sus guerreros no llegaba a ciento y sus armas eran arcos y flechas.

Debían ser valientes, puesto que atacaron y mataron a un número muy considerable de españoles de los que acompañaban al capitán Juan Alvarez, primer navegante del Uruguay. Por último, fueron exterminados por los charrúas.

BOHANES. — Esta nación, en la época de la conquista, habitaba el borde del Uruguay, al Norte del río Negro, y lindaba por el Sur con los territorios de los yaros y de los charrúas. Todo lo que yo he podido encontrar respecto a ellos en los antiguos manuscritos es que su lengua era diferente de todas las otras, que esta nación era aún menos numerosa que los yaros y que fue exterminada por los charrúas.

CHANAS. — Cuando los primeros españoles llegaron al país, esta nación vivía en las islas del Uruguay frente al río Negro. De allí pasaron a la orilla oriental del Uruguay, un poco al sur del río de San Salvador, cuando los españoles abandonaron la ciudad de San Salvador; después acosados por los indios de la vecindad, volvieron a sus islas. Habitaban la que se llama hoy isla de los Vizcaínos cuando, temiendo la vecindad de los charrúas, que habían ya exterminado a los yaros y a los bohanes buscaron la protección de los españoles de Buenos Aires, suplicándoles que los defendieran y

que les formaran un poblado que estaría bajo su dependencia. El gobernador accedió a su demanda, los sacó de su isla y formó con ellos el pueblo que se llama hoy Santo Domingo Soriano. Pero como se han mezclado con los españoles, casi todos pasan hoy por tales. Existen, no obstante, aún algunos, entre ellos uno que pasa de cien años, y dice que su padre y su abuelo vivieron todavía mucho más tiempo. Se ve por las noticias de este viejo, confirmadas por algunos escritos antiguos, que el lenguaje de esta nación era diferente del de las otras, que tenía aproximadamente cien guerreros, que vivía principalmente de la pesca; que usaba canoas y que no cedía a los charrúas por su talla y buenas proporciones. Como los que existen hoy han nacido en el pueblo, ignoran las costumbres de sus antecesores salvajes.

MINUANES. — Es una nación que al tiempo de la conquista vivía en las llanuras septentrionales del Paraná. No se alejaban más de una treintena de leguas, y se extendía de Este a Oeste, desde la reunión de este río con el Uruguay hasta frente a la ciudad de Santa Fe. El Uruguay la separaba de las naciones de que hemos hablado. Por la parte norte estaba limitada por grandes desiertos, y tenía por vecinas al sur diferentes hordas que vivían en las islas formadas por el Paraná.

Los minuanes mataron a Juan de Garay, capitán renombrado entre los conquistadores de América, así como a la numerosa tropa que mandaba. Cuando los charrúas empezaron a pasar al lado norte se alinearon de modo más estrecho con los minuanes. Durante algún tiempo las dos naciones vivieron juntas y se reunían para atacar a los españoles de Montevideo. Estas naciones pasaban y repasaban el Uruguay, y aunque se separasen frecuentemente, como reinaba entre ellas la mayor armonía, los españoles las confundían y las confunden aún hoy, llamándolas indistintamente charrúas o minuanes. Hoy están reunidas y no se las puede distinguir con relación a su estado actual ni a la manera de hacer la guerra; por tanto, todo lo que he dicho de los charrúas debe entenderse de las dos naciones reunidas. El jesuita Francisco García comenzó a formar un poblado de minuanes llamado Jesús María, cerca del río de Ibicuí; pero la mayor parte de los indios volvió a su antiguo modo de vivir, y sólo quedó un pequeño número que se reunió al poblado de guaraníes llamado San Borja.

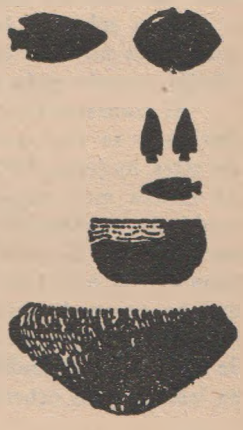
Los minuanes son hoy menos numerosos que los charrúas, tienen un lenguaje particular muy diferente, que no guarda relación con el otro, y su talla es semejante a la de los españoles, además, me parece que sus mujeres tienen el seno más grueso. Su cuerpo es menos carnoso, su cara más triste, más sombría y menos espiritual; su carácter, menos activo, menos orgulloso y menos entero; pero se asemejan completamente en el color, las facciones, los ojos, la vista, el oído, los dientes, los cabellos, el pelo, la falta de barba, la mano, el pie, la seriedad, la taciturnidad, el tono de voz, la costumbre de no reir nunca, la suciedad y el barbote. Como ellos, no gritan ni se quejan nunca, se les asemejan además por la igualdad, que no admite ni clases ni jerarquías, por los vestidos, los muebles, la falta de adornos, la poca menstruación; por los caballos, las armas, la manera de hacer la guerra, los casamientos, la falta de agricultura, y por la manera de alimentarse y de emborracharse. Así como los charrúas, no sirven a nadie, no se prestan nada unos a otros, no reparten el botín y tienen, igualmente, un cementerio común.

Otro tanto digo de su falta de religión, de educación, de leyes, de recompensas, de castigos, de danzas, de instrumentos de música, de juegos, de sociedades y de conversaciones ociosas; de la costumbre que tienen de reunirse a la puesta del sol, y de terminar a

puñetazos sus diferencias particulares. Pero difieren en otros aspectos de la vida, por que rara vez hacen uso del divorcio y de la poligamia. Los padres y las madres no se ocupan de sus hijos más que mientras están mamando, luego los entregan a cualquier pariente casado, sea tío, primo o hermano, y no vuelven a vivir con ellos ni a tratarlos como a hijos; tampoco ellos los consideran como padres y no hacen duelo por su muerte, sino por la del pariente que los ha criado.

Sus mujeres, en la época de su primera menstruación, se aplican las mismas pinturas que las de los charrúas, de los que han tomado esa costumbre después de su reunión; pero hay aún muchas que, según su antigua práctica, suprimen las rayas de las mejillas. Muchos hombres imitan hoy a los charrúas y no se pintan; pero otros conservan su antigua costumbre de trazarse tres rayas azules indelebles, que pasan de una mejilla a otra, atravesando la nariz a la mitad de su longitud, y otros se embadurnan sólo de blanco las mandíbulas. Curan a sus enfermos chupándoles el estómago, como los charrúas, pero no son sólo los hombres los que ejercen la medicina, habiendo también algunas mujeres de edad que se dedican a esta profesión. Consiguen a veces persuadir a hombres que carecen de mujer de que ellas tienen en sus manos la vida y la muerte; inspirándoles así miedo consiguen casarse con alguno.

A la muerte del marido la mujer se corta una falange de un dedo; también se cortan el extremo de su cabellera y el resto sirve para cubrirse la cara. Se tapan el seno con cualquier trozo de tela o de piel, o aun con sus vestidos ordinarios, y permanecen durante varios días ocultas en su choza. Las doncellas adultas hacen otro tanto, no a la muerte de su padre natural, sino del que las ha criado. El duelo de los hombres adultos es tal como el que hemos descrito de los charrúas, pero dura la mitad del tiempo, y en vez de clavarse pedazos de caña en los brazos se perforan con una espina gruesa de pescado las piernas y los muslos por delante y por detrás, así como los brazos, hasta el codo, pero no el hombro. Clavan la espina por un lado y la sacan por el otro, como una aguja de coser, y esto, al menos, de pulgada en pulgada.



Dámaso Larrañaga

# Noticia sobre los indios Minuanes

Habiendo llegado de nuevo al campamento (Santa Lucía Chico) donde había quedado el coche esperando por caballos y por un reparo de que necesitaba, nos fue preciso pasar todo el día esperando los auxilios para el camino. Con este motivo tuve ocasión de tratar con los Caciques Minuanes que acompañan y aman tiernamente al Jefe de este Ejército: uno de ellos comió con su mujer en la mesa del General, habiendo dejado en su toldería otras dos mujeres suyas, que por lo visto son polígamos. Los jóvenes perma-

necen solteros y sólo se casan cuando ya son bien maduros, para que los cuiden las mujeres, y se dejan cuidar tanto que ellos pasan la vida jugando al tres siete mientras sus mujeres carnean, van por agua y leña y hacen todas las obras de trabajo: comen con mucha frecuencia la carne de avestruz que voltean: todo el cuidado y toda la propiedad son los caballos, único negocio que tienen para comprar aguardiente del que son muy viciosos.

Su estatura es prócer y muy membrudos: su color americano o de bronce; su pelo negro, grueso y largo un poco cortado por la frente; la barba muy escasa y solamente la tienen en el labio superior formando largos bigotes y muy pocos pelos en la perilla o barba; los ojos negros algún tanto oblicuos y no tan chicos como se ponderan; la cara más bien es larga y ancha; la parte inferior del rostro estrecha (y anchas las espaldas); la frente no muy chica; los dientes bien conservados y muy iguales; boca y labios regulares; nariz un poco aguileña; pies y manos pequeños. En una palabra, nada tienen de monstruoso ni deforme los hombres primitivos del país que ocupamos y que eran los verdaderos dueños de esta campaña.

Sus armas son la lanza, la flecha, la honda y las bolas. La primera y la última son de la caballería; ambas temibles, pues la lanza tiene en su punta una espada entera muy bien asegurada (que compran a los portugueses a cuenta de caballos) y las manejan con una destreza increíble y la hacen aún más temible por su fuerza y su destreza en el caballo. De las bolas usan contra los jinetes y son tres, cada una con una cuerda de una braza que cuelgan del mismo nudo, y tomando una de ellas revolotean las otras dos, como se hace con la honda, y después que han tomado impulso, las arrojan contra los pies de los caballos, los que sintiéndose enredados corren y dan de coces y con esto se acaban de enredar y caen; otras veces dan con ellas a los mismos jinetes, los que también aturdidos caen en tierra: las hay que pesan media libra y las menores las usan para los avestruces juntándose muchos para ello, pues son muy ligeras esas aves.

Las otras dos armas, que son la flecha y la honda, corresponden a la infantería; ésta, camina a las ancas de la caballería, bien que como no usan de silla, van más cómodos que los delanteros que se sientan sobre el lomo desnudo: deben ser muy ágiles unos y otros, pues no usan de estribos, y de un brinco se ponen sobre el caballo, cuando están a una distancia.

Al contrario de los hombres, las mujeres se casan desde muy jóvenes, y se cree comúnmente que llegan a ser adultas antes que las otras mujeres. Su vestido es como el de los hombres, de pieles de ternera muy trabajadas y pintadas por el lado de la carne: su semblante es triste al contrario de los hombres que me parecieron muy joviales. La vida de todos ellos es errante, y en el día están reducidos al otro lado del Río Negro hacia el Salto Chico. Yo creo que no pasan de quinientos los que han quedado después de tan injustas persecuciones, habiendo los portugueses últimamente tratado de acabarlos sorprendiéndolos, pero les costó bien caro mandar como en triunfo unos ochenta a la Señora Carlota, Princesa del Brasil.

(febrero 2 de 1813).

Juan Zorrilla de San Martín

# Tabaré



## CANTO PRIMERO

### I

El *Uruguay* y el *Plata*
Vivían su salvaje primavera;
La sonrisa de Dios, de que nacieron,
Aun palpita en las aguas y en las selvas;

Aun viste al espinillo
Su amarillo *tipoy;* aun en la yerba
Engendra los vapores temblorosos,
Y a la calandria en el *ombú* despierta;

Aun dibuja misterios
En el *mburucuyá* de las riberas,
Anuncia el día, y, por la tarde, enciende
Su último beso en la primera estrella;

Aun alienta en el viento
Que cimbra blandamente las palmeras,
Que remece los juncos de la orilla,
Y las hebras del sauce balancea;

Y hasta el río dormido
Baja, en el rayo de las lunas llenas,
Para enhebrar diamantes en las olas,
Y resbalar o retorcerse en ellas.

### II

Serpiente azul, de escamas luminosas,
Que, sin dejar sus ignoradas cuevas,
Se enrosca entre las islas, y se arrastra
Sobre el regazo virgen de la América,

El *Uruguay* arranca a las montañas
Los troncos de sus ceibas,
Que, entre espumas y grandes camalotes,
Al *río como mar* y al mar entrega.

El himno de sus olas
Resbala melodioso en sus arenas,
Mezclando sus solemnes pensamientos
Con el del blando acorde de la selva;

Y al grito temeroso
Que lanzan en los aires sus tormentas,
Contesta el grito de una raza humana,
Que aparece desnuda en las riberas.



Es la raza *charrúa,*
De la que el nombre apenas
Han guardado las ondas y los bosques,
Para que evoque el alma de un poema;

Nombre que aun reproduce
La tempestad lejana, que se acerca
Formando los fanales del relámpago
Con las pesadas nubes cenicientas.

Es la raza indomable,
Que alentó en esta tierra,
Patria de los amores y las glorias,
Que al Uruguay y al Plata se recuesta;

La patria, cuyo nombre
Es canción en el arpa del poeta,
Grito en el corazón, luz en la aurora,
Fuego en la vida, y en el cielo estrella.

## III

La encuentra el pensamiento, antes que el hombre
Antiguo la sorprenda,
En lucha con la tierra y con el cielo,
Y en su salvaje libertad envuelta.

Para ella, el horizonte cierra el mundo,
Con un muro de piedra;
Tras él, duermen las tardes y las lunas;
Tras él, la aurora duerme y se despierta.

Cruza el salvaje errante
La soledad de la llanura inmensa,
Y el amarillo tigre, como él hosco,
Como él fiero y desnudo, la atraviesa;

El tigre brama; el indio
Contesta en el silbido de su flecha.
¿Dónde va? ¿Qué persigue? Tras su paso,
Sobre ese hermoso suelo, ¿qué nos deja?

¿Para él está formada
Esa encantada tierra,
Que a los diáfanos cielos de Diciembre
Retribuye una flor por cada estrella?

¿Para él, sus grandes ríos
Cantando se despeñan
Los himnos inmortales de sus olas?
¿Qué fue esa raza que pasó sin huella?



¿Fue el último vestigio
De un mundo en decadencia?
¿Crepúsculo sin día? ¿Noche acaso,
Que surgió obscura de la luz eterna?

La eterna lumbre sólo engendra auroras.
La noche, las tinieblas
Son ausencia de luz; la eterna noche
Es sólo del Creador la eterna ausencia.

En esa raza, de un excelso origen
Aun el vestigio queda,
Como el toque de luz amarillento
Que un sol que muere en los espacios deja.

Hay lumbre en esos ojos, siempre huraños;
Fuego que encienden sólo las ideas;
Mas la lumbre se extingue, y una raza,
Falta de luz, se extinguirá con ella.

Nacida para el bien, el mal la rinde;
Destinada a la paz, vive en la guerra...
Hojas perdidas de su tronco enfermo,
El remolino las arrastra enfermas.

## IV

A las tribus lejanas
Convocan las hogueras
Que encendió *Caracé*, sobre las lomas,
Como gritos de fuego y de pelea;

*Caracé*, en cuyo cuerpo
Las heridas se cuentan
Como las manchas en la piel del tigre,
Y por eso le prestan obediencia;

*Caracé*, en cuyo toldo,
Las pieles y sangrientas cabelleras
De los caciques *yaros* y *bohanes*
Que su brazo arrancó, prueban su fuerza;

Que tiene diez mujeres
Que aguzan las espinas de sus flechas,
Y los fuegos encienden de su toldo,
Y el jugo de las palmas le fermentan.

Nadie sabe los fríos
Que ha vivido el cacique; pero cuentan
Que, allá *en el tiempo de los soles largos*,
Al Uruguay llegó, desde la sierra

Lejana, muy lejana
Que ve salir el sol, cuando las ceibas
En que hoy anida el águila, sentían
Correr la savia en su primer corteza.

Ya entonces había visto
Cruzar las lunas en las *horas lentas;*
Pero aun es joven, cual si con sus manos
Contar sus fríos *Caracé* pudiera;

Aun en sus fuertes dedos,
Es la maza de piedra
El brazo de la muerte, que, en las tribus,
Derrama el frío que en los huesos queda.

## V

¿Por qué el viejo cacique
A las tribus congrega,
Toma la maza, y apercibe el arco
Que nadie, sino él, cimbrar intenta?

¿Por qué, bajo sus párpados,
Brilla con luz siniestra
La pupila, pequeña y prolongada,
En que se encienden sus miradas fieras?

¿Acaso los *bohanes*
La vencida cabeza
Alzan de nuevo, y su guerrera lanza
Del charrúa clavaron en la selva?

¿Acaso, al otro lado
Del río como mar, las humaredas
Se ven del indio *querandí,* y provocan
Del Uruguay la tribu turbulenta?

No: *Caracé* no teme
Que los indios se atrevan
A encender, junto al *Hum,* un solo fuego,
Mientras seis lunas a brillar no vuelvan;

Lo que hace que el cacique
Ciña a su frente estrecha
Las plumas de avestruz, y ajuste el arco,
Y, al par del fuego, su mirada encienda,

Es que tendido estaba
En la playa desierta,
Cuando vio que cruzaba por las islas
Del *Paraná-Guazú,* piragua inmensa,

Que como garza enorme
Flotaba entre la niebla,
Dando a los aires las extrañas alas,
Y volando con rumbo a la ribera.

El Uruguay en vano
Sale a su encuentro, y ladra bajo de ella;
En vano, con las olas encrespadas,
Sus costados, airado, abofetea;

La nave avanza altiva;
Lanza un grito del cielo que retiembla;
Llega a la costa, y, agarrando al río
Por la erizada crin, en él se sienta.

## VI

A *Caracé* el cacique
Han rodeado las tribus más guerreras;
Y, entre el espeso matorral del río,
Como banda escondida de luciérnagas,

Los ojos de los indios fosforecen,
Al ver, sobre la arena,
Cómo descienden, de la extraña nave,
Los hombres blancos de la raza nueva;

Y cómo, dando al viento
Y clavando en el suelo su bandera,
Se agrupan en su torno, y, con sus voces,
La sorprendida soledad atruenan.

¡Extraños seres! Brillan
A los rayos del sol. Nada recelan.
Y las lomas los miran, y el barranco;
Y el Uruguay se empina, y los observa;

Y los indios ocultos
Mutuamente se muestran,
Con los brazos desnudos extendidos,
El grupo extraño que al jaral se acerca.



## VII

Entre inmenso alarido,
Una lluvia rabiosa de saetas
Parte del matorral, y de salvajes
Un enjambre fantástico tras ellas.

La bola arrojadiza
Silba, y choca del blanco en la cabeza;
Muere el caído, y queda para siempre
Amortajado en su armadura negra,

Y, los que no cayeron,
Huyen despavoridos por las breñas,
Dejando sangre en la salvaje playa,
Y una mujer en la sangrienta arena.

. . . . . .

## VIII

Parece flor de sangre;
Sonrisa de un dolor; es la primera
Gota de llanto que, entre sangre tanta,
Derramó España en nuestra virgen tierra.

Pálida como el lirio,
Sola con vida entre los muertos queda.
*Caracé,* que a su lado se detiene,
Con avidez felina la contempla,

Mientras los rudos golpes
De las hachas de piedra,
Del postrado español, en la armadura
Y en los cráneos inmóviles, resuenan.

## IX

"De los guerreros muertos
Vuestra será la hermosa cabellera;
Su blanca piel ajuste vuestros arcos,
Y sus dientes adornen vuestras tiendas;

Y sus extrañas armas,
Que brillan como el astro, serán vuestras;
Y los *tipoys,* que sus espaldas cubren,
Como las rojas flores a la ceiba.

*Caracé* sólo quiere
En su toldo a la blanca prisionera,
Que de su techo encenderá los fuegos
Los fuegos del amor y de la guerra".

Tal hablaba el cacique,
En sus brazos llevando a Magdalena
Al bosque solitario de los talas,
En que tiene su oculta madriguera.

## X

Hermanos del dolor, bardos amigos,
Trovadores galanos de mi tierra,
Que me seguís en la jornada obscura,
Al través del misterio de la selva:
Ensayad en el alma
El acorde otoñal... la noche llega.

El acorde que suena cuando el ave
Vuelve en silencio al nido que la espera,
Y hasta el lirio más pálido del campo,
Para dormir en paz, su broche cierra,
Y su perfume virgen
Con el amor de otros perfumes sueña.

Vosotros, los que, al peso de la tarde,
Inclináis tristemente la cabeza,
Y amáis el cielo cuando en él agita
Su ala tremante la primera estrella;
Calzaos las sandalias
Con que hasta el alma del dolor se llega.

Si el alma vuestra, ¡oh, bardos!
Bañada en el Jordán de la tristeza,
Es pura, como la última palabra
Que acaso os dijo vuestra madre muerta,
Llegaos en silencio
Al tálamo sangriento de la selva...
Es ya de noche, los rumores lloran...
¡No despertéis a la española enferma!

Eduardo Acevedo Díaz

# La cueva del tigre



Como que nunca había conocido el freno en el largo transcurso de tres siglos, la hueste charrúa allá por los años 1832 se hacía sentir de vez en cuando con terrible violencia.

Por donde pasaba su manada de potros, el rastro era profundo.

La hueste, como el tigre cebado, escogía las mejores presas. Caballos hermosos, novillos suculentos, esbeltas yeguas, nutridos rebaños de ovejas, tributos cuantiosos de dinero; todo era para colmar sus apetitos. ¡Eran los dueños de la tierra! Los propietarios los veían llegar cual una nube negra preñada de piedras; siniestros, temibles, gruñendo un idioma gutural y agitando las lanzas adornadas de plumas con un gesto de dureza implacable. Había que complacerlos y permitirles que corrieran el ganado para escoger. Derribaban las reses flor y le sacaban con cuero el costillar de arriba, pues no se tomaban la pena de desollarlas o volverlas del otro lado. Arreaban lo que les convenía. Por días enteros oíase en el campo invadido el silbido de las "boleadoras" y estremecíase el suelo bajo frenéticas carreras tras de la gama y el avestruz. El grito charrúa solía alzarse por encima del bramar de los toros, como nota aguda de un himno bravío. Los despojos se aglomeraban en el valle junto a las viviendas, y antes de blanquearse los huesos, del mismo terreno así abonado surgían las fiebres pútridas. De este mal se veían en el caso de alegrarse los ganaderos. Con las miasmas mefíticas se aparecía en tarde calurosa o en callada noche, el genio malo, y matando invisible aquí y acullá y ponían en fuga la horda. Los caciques adelante, luego la hueste; después las mujeres con sus carguíos de criaturas, pieles y andrajos. En el llano cubierto de esqueletos, podredumbres y ranchejos ornados de guiñapos, quedaban tan sólo agitándose en torbellino bajo los rayos candentes del sol estival, gusanos en el suelo, y en el aire millones de mosquitos, tábanos y abejorros. La horda sombría se perdía en el horizonte y aun ya lejos, persistía en la retina del ganadero como una fantástica legión de enormes aves de rapiña de garras como cuchillas y plumajes nauseabundos. "Se van, murmuraba con fruición. Que otros lomos los aguanten!"

Y así era. Sobre otras espaldas se desplomaban, allí donde crecía la verde gramilla, en dehesa feraz regada por aguas cristalinas y llena de piaras de engorde. Clavadas las lanzas de los caciques, tendíase el campamento. La infusión de yerbas circulaba por los grupos en aspas de toro, alternada con el aguardiente y el tabaco; las curanderas revolcaban sus enfermos en la ceniza todavía ardiendo o les chupaban con fuerza en el ombligo; los mocetones jugaban a las carreras sobre ágiles potros o tiraban a la estaca sus boleadoras de dos ramales; y después repetían escenas estrepitosas con el ganado, los venados y ñandúes. Este otro ganadero les sonreía, aunque en el fondo les deseara cien "gualichos". En ningún idioma podía hablárseles de razón y buen derecho a la banda formidable, sin que sus guerreros contestasen con la moharra, la macana, la bola o la flecha certeras. El caso exigía resignarse y dejar hacer. En sentir del ganadero "serían peores que baguales".

Con sus brazos y piernas desnudos y fornidos, sus "cuya-pies" de piel de yaguareté o sus "chepies" de aguará, sus greñas cerdunas recogidas en parte y en parte sueltas al viento como crines llenas de

abrojos, coronadas en mitad del cráneo por un plumón de loro, de ñandú o de chajá, sus ojillos semi cerrados de una fosforescencia felina y sus pechos salientes como enormes bustos de bronce oxidado, seguidos de mujeres capaces de ahuyentar a un muermoso, de perros tigreros confundidos en el enjambre y de matalotes cargados con racimos de rapazuelos color cobre, los indómitos charrúas provocaban fácilmente el pavor apenas los denunciaba una ráfaga de viento. "No es necesario ser perro —decían los estancieros— para olfatear a media legua a estos demonios". Precedíalos en verdad cierto olor de fiera que era como un trasudor de sus instintos. Sus rostros rayados con pedernal, hierro o espina de mangrullo humedecidos en alguna savia o pringle especial, dábales un aspecto imponente.

A su sola presencia había que ceder. Unicamente las pestes podían ahuyentarlos, y ellas venían al fin..! Seguían entonces su marcha vagabunda.

En medio de esa vida errante llegaron un día a sus toldos varios emisarios del General D. Fructuoso Rivera, Presidente de la República para invitarlos a una guerra con el Brasil. Se les prometía, en cambio de su ayuda, los mejores despojos del triunfo.

La oferta era halagadora y decidiéronse a dejar sus soledades, sus bosques y sus espesuras llenas de criaderos de calandrias y cardenales blancos con penacho rojo, de madrigueras de tigres, pumas, aguaraes y ñandúes, de prados cuajados de venados e inmensos pabellones vírgenes, a las márgenes del Arapey y del Cuareim.

Tratándose de pelea y de botín espléndido, ¿qué más ambicionar? Ellos habían nacido para la lucha, y en la lucha tenían fatalmente que concluir, sin reconocer nunca, ni aun en la hora de morir, superioridad en el adversario. Eran los señores del suelo, y a nadie temían bajo la luz del sol.

Una guerra con el Brasil les pareció buen partido, una campaña sembrada de victorias y de innúmeras recompensas.

No alcanzaban ellos, por entonces, a trescientos mocetones de armas; pero creían que unidos a las tropas de Frutos eran de sobra para derrochar valor en campos y ciudades. El último emisario les dijo que urgía su incorporación al ejército, a fin de proporcionarles trajes militares, raciones abundantes y armamento escogido, con todo lo cual constituirían una vanguardia insuperable, capaz de intimidar al imperio y de abrir camino a las tropas a través de multitudes, pueblos y desiertos. Como despojos les correspondería la mayor porción de los inmensos rebaños arrebatados al país por los ejércitos brasileños en otros tiempos; y para el pastoreo de tantos miles de animales vacunos se les cedería, hecha la paz, las hermosas y fecundas tierras que el gobierno poseía entre los dos Arapey. Por encima de esos, tendrían ellos derecho, proporcionalmente, a los tesoros de metal y carne que dan el triunfo y el saqueo (oro, mujeres, plata y negros).

Con estas reglas de *jies jentium* y este plan de campaña tan aceptables, la horda bravía aderezó sus caballos de guerra, hizo cantar a sus mujeres un himno tradicional —mezcla de quejas, de plañideras y silbidos de tormenta—; estúvose atenta a la arenga de sus caciques que les recordaba las viejas luchas y glorias; y listas lanzas y flechas, se marchó.

El punto de cita era el de la costa del Queguay, frente a la cueva del Tigre.

Frutos tenía allí reunidos hasta mil hombres. Entre éstos se encontraba una fuerza sin armas al mando del mayor Luna, la que tenía instrucciones concisas y terminantes. El coronel D. Bernabé Rivera, hermano del famoso caudillo, y jefe del segundo regimiento

de caballería, fue el guía de la hueste que encabezaban los caciques Venado y Polidoro.

Ya en el campo, los charrúas, recelosos y ariscos, parecieron vacilar un momento.

No tenían memoria de haberse confundido nunca con ejército alguno, pues siempre habían acampado lejos, a un flanco, como las manadas de lince al acecho de los rebaños, en los tiempos de Artigas.

Viéndolos perplejos, huraños y ceñudos, Frutos llamó a Venado y púsose a conversar con él marchando muy juntos al paso de sus caballos.

El cacique iba mudo, observando el cuadro.

Los clarines lanzaban la nota de atención.

Los soldados se movían en silencio, con aire siniestro, prendidos los sables y colgadas al cinto las pistolas de pedernal...

Bernabé, tendiendo el brazo hacia un vallecito espaldado por nutrida vegetación, dijo a Polidoro: "Allí pueden desmontar".

Movióse el cacique y con él la horda, con ese andar lento, indeciso y desconfiado de los gatos monteses fuera de la espesura.

Eso de desmontar, en medio de las tropas, parecíale sin duda una grande exigencia.

Sus nalgas de ñandubay formaban parte integrante de los lomos equinos, y se sentían demasiado bien en esos lomos para abandonarlos en aquella hora.

Pero Frutos llamaba en voz alta de "amigo" a Venado, y reía con él, marchando un poco lejos; y Bernabé, que nunca les había mentido, brindaba a Polidoro con un chifle de aguardiente en prueba de cordial compañerismo. En presencia de tales agasajos, la hueste avanzó hasta el sitio señalado, y a un ademán del cacique todos los mocetones echaron pie a tierra.

Apenas Frutos, cuya astucia se igualaba a su serenidad y flema, hubo observado el movimiento, dirigióse a Venado, diciéndole con calma: "Emprestame tu mangorrera para picar el naco".

El cacique desnudó la cuchilla que llevaba en la cintura y se la dio de buen talante.

Al cogerla, Rivera sacó una pistola y disparó con ella sobre Venado.

Era la señal de matanza.

El cacique, que se apercibió con tiempo de la acción, tendiéndose sobre el cuello de su caballo dio un aullido; la bala se perdió en el espacio.

Venado partió a escape.

Entonces la horda se arremolinó y cada charrúa precipitóse a su caballo.

Pocos, sin embargo, lo consiguieron en medio del espantoso tumulto que se produjo instantáneamente.

El escuadrón de Luna se lanzó veloz sobre las armas de los indios, lanzas y algunas tercerolas, apoderándose de su mayor parte y arrojando por el suelo, bajo el tropel, varios hombres; el segundo regimiento buscó su formación a retaguardia en batalla, con el coronel Rivera a su frente; y los demás escuadrones, formando una gran herradura erizada de moharras y sables, estrecharon el círculo y picaron espuelas al grito de "¡Carguen!" Los clarines tocaron a degüello.

Bajo aquella avalancha de aceros y aun de balas, la horda se revolvió desesperada, cayendo uno tras otro sus mocetones bravíos como toros heridos en la nuca.

El archicacique Venado, atravesado por muchas lanzas, fue derribado en el centro de la feroz refriega; Polidoro sufrió su misma suerte; otros quedaron boca abajo entre rojos charcos, con la astilla del rejón clavada en los pulmones. De algunos cuellos bron-

ceados y macizos saltaron coágulos negros bajo el filo de las dagas, pues no había sido vano el toque sin cuartel, y al golpe repetido de los sables sobre el duro cráneo indígena, voló envuelta en sangre y sesos la pluma de ñandú, símbolo de la libertad salvaje.

No fueron pocos los que se defendieron, arrebatando las armas a las propias manos de sus victimarios. El teniente Maximiano Obes y ocho o diez soldados pagaron con sus vidas la cruel resolución del general Rivera.

El cacique Pirú, al romper herido el círculo de hierros, le gritó al pasar, con fiero reproche: "Mirá, Frutos, tus soldados matando amigos". Su compañero Sepe, indómito y rugiente, cargó en dispersión con ochenta mocetones, y a su embestida de toro quebróse el cerco, rompiéronse lanzas y abierto el camino entre regueros de sangre, aquel resto de tribu heroica coronó la loma, para desaparecer en medio de terribles alaridos rumbo a las soledades.

Para estos charrúas, —pues todos los demás habían sucumbido—, quedaba reservado el desagravio.

La venganza fue espantosa!

Poco después de la bárbara hecatombe de sus hermanos, el cacique Sepe es perseguido de una manera tenaz en sus lejanos refugios del Cuareim por el coronel Rivera. Este jefe, osado e intrépido, que fiaba a sus espaldas más de lo que debía, hostiliza infatigable a sus enemigos.

Alcanzado Sepe cerca del cerro de las Tres Cruces, deja un grupo a la espera del perseguidor, y con el resto de su fuerza se oculta más adelante en lo intrincado de un monte provisto de grandes potriles.

El coronel Rivera carga sobre el grupo que le aguardaba al pie del cerro, con todo su escuadrón; el grupo cede y huye rumbo a la emboscada; Bernabé no desmaya, aunque sus soldados van quedándose a retaguardia con los caballos rendidos, y los sigue sin descanso.

Pero al enfrentar la espesura, lo sorprende de improviso el salto del tigre.

Sepe le sale al flanco entre alaridos, y Rivera vuelve bridas con desgracia, pues rueda su caballo. Sus compañeros el comandante Bazán, el alférez Viera y todos los soldados, menos un sargento que se internó herido en el bosque, se defienden inútilmente en desesperados lances individuales: uno tras otro, caen acribillados a lanzadas.

Prisioneros el coronel Rivera y herido en la cabeza por golpes de bola, Sepe dispuso que sus guerreros cubriesen las moharras con piel de vaca, dejándose apenas a la vista las extremidades de los hierros.

Luego ordenó que lo lancearan.

Por largas horas soportó Bernabé el suplicio y los gritos terribles con que lo acompañaban: "¡Queguay! ¡Venado! ¡Matando amigos!"

Promesas, ruegos, todo fue en vano...

El oído del cacique era sordo al perdón. Vagaban ante sus ojos las sombras de sus hermanos muertos en la Cueva del Tigre.

Consumado el sacrificio, Sepe hizo cubrir con algunos nervios del cadáver el extremo de la moharra de su lanza. Enseñábala más tarde con deleite feroz.

Esta fue la última hazaña charrúa, provocada por un acto de barbarie del presidente Rivera.

Después, el resto de la tribu formidable, desapareció para siempre.

**La vida de los indios de esta banda contada durante casi dos siglos: de los testigos oculares del siglo XVIII a los creadores literarios que elevaron a mito el ancestro charrúa.**

ENCICLOPEDIA URUGUAYA 1

Copyright Editorial ARCA S. R. L., Colonia 1263, Montevideo
Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A.
Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada
en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Papel
Mayo de 1968.